

**La posverdad y su impacto en la democracia contemporánea: Análisis filosófico y
estrategias para restaurar la veracidad en el discurso público**

Kevin Julián Zarza Flórez

Asesor.

Einar Iván Monroy

Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD

Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades ECSAH

Filosofía

2025

Resumen

La presente monografía aborda el fenómeno de la posverdad y su impacto en la democracia contemporánea, desde una perspectiva filosófica y crítica. El objetivo general consistió en analizar cómo la posverdad transforma la relación entre verdad, política y sociedad, y en proponer estrategias orientadas a restaurar la centralidad de la veracidad en el discurso público. Para ello se plantearon tres objetivos específicos: caracterizar la posverdad en contextos políticos y mediáticos; examinar sus efectos en la percepción de la realidad y en la formación de la opinión pública; y desarrollar un conjunto de estrategias filosóficas y prácticas para contrarrestar sus consecuencias.

La investigación se enmarcó en un enfoque cualitativo de carácter analítico-hermenéutico, apoyado en una revisión crítica de fuentes filosóficas y contemporáneas. Como metodología se utilizó el análisis documental y conceptual, dialogando con autores como Nietzsche, Foucault, Arendt, Stein, Popper y Von Hildebrand. Las técnicas se centraron en la interpretación textual y la contrastación teórica, mientras que los instrumentos consistieron en la sistematización de referencias bibliográficas y el estudio de casos paradigmáticos (Brexit, elecciones de EE. UU. en 2016 y plebiscito por la paz en Colombia).

Los resultados muestran que la posverdad no se reduce a la difusión de falsedades, sino que constituye una banalización de la mentira y una crisis del juicio crítico, al producir realidades paralelas que fragmentan el consenso social. Asimismo, se propone superar respuestas reduccionistas como la alfabetización mediática, y avanzar hacia intervenciones estructurales que incluyan una ética de la lucidez, la defensa de las verdades de hecho y mecanismos institucionales que protejan la vida democrática frente a la desinformación masiva.

Palabras clave: Posverdad, verdad, democracia, filosofía política, comunicación pública.

Abstract

This monograph examines the phenomenon of post-truth and its impact on contemporary democracy from a philosophical and critical perspective. The general objective was to analyze how post-truth transforms the relationship between truth, politics, and society, and to propose strategies aimed at restoring the centrality of truthfulness in public discourse. Three specific objectives guided the research: to characterize post-truth in political and media contexts; to examine its effects on the perception of reality and the formation of public opinion; and to develop a set of philosophical and practical strategies to counteract its consequences.

The study adopted a qualitative approach with an analytical-hermeneutical orientation, supported by a critical review of philosophical and contemporary sources. The methodology was based on documentary and conceptual analysis, engaging with authors such as Nietzsche, Foucault, Arendt, Stein, Popper, and Von Hildebrand. Techniques included textual interpretation and theoretical contrast, while instruments involved the systematization of bibliographic references and the analysis of emblematic case studies (Brexit, the 2016 U.S. elections, and the Colombian peace plebiscite).

The findings show that post-truth is not limited to the dissemination of falsehoods but rather represents a banalization of lying and a crisis of critical judgment, as it produces parallel realities that fragment social consensus. The research further proposes moving beyond reductionist responses such as media literacy, advocating instead for structural interventions that include an ethic of lucidity, the defense of factual truths, and institutional mechanisms to safeguard democratic life against massive disinformation.

Keywords: Post-truth, truth, democracy, political philosophy, public communication.

Tabla de Contenido

Introducción	7
Planteamiento de problema.....	11
Justificación	15
Objetivos	17
Objetivo general.....	17
Objetivos específicos	17
Metodología	18
Enfoque	18
Método	19
Técnicas de análisis.....	20
La Posverdad como Banalización de la Mentira: Fundamentos Filosóficos, Distorsión Informativa e Impacto Político	22
Fundamentos Filosóficos: De la Verdad Clásica a la Banalización de la Mentira	22
La Mentira como Estrategia: Casos Políticos y su Impacto en la Percepción Pública en la Era de la Posverdad.....	25
La Posverdad y la Percepción de la Realidad: Fundamentos Filosóficos y Fragmentación del Juicio Público	29
Perspectivismo, Poder y Verdad: Fundamentos Filosóficos de la Posverdad	29
Realidad Subjetiva, Percepción Pública y Fragmentación del Juicio en la Era Digital	33
Estrategias Filosóficas y Prácticas para Contrarrestar la Influencia de la Posverdad en la Sociedad Contemporánea	37
Recuperar la Dimensión Filosófica de la Verdad como Valor	37
Regímenes de Verdad y Regulación de los Algoritmos en la Era Digital	38
Ética de la Comunicación Pública y Compromiso Cívico con las Verdades de Hecho	40
Respuestas Institucionales y Legales Frente a la Desinformación Masiva	43
Conclusiones	45
Conclusiones	47
Referencias Bibliográficas	52

Introducción

El fenómeno de la posverdad constituye uno de los desafíos más profundos y urgentes para las democracias contemporáneas. En una época que está caracterizada por la sobreabundancia informativa, la velocidad de los flujos comunicativos y la hegemonía de las redes digitales, los hechos comprobables han perdido su centralidad frente a narrativas diseñadas para movilizar emociones, reforzar identidades y manipular percepciones. En este escenario, la relación entre verdad, política y opinión pública atraviesa una crisis sin precedentes: la mentira deja de ser un acto desviado o vergonzante para convertirse en una estrategia discursiva eficaz y socialmente aceptada. La posverdad, en este sentido, no representa solo un fenómeno mediático, sino una mutación cultural y filosófica que redefine la manera en que los individuos interpretan la realidad y participan en el espacio público.

El eje central de esta investigación parte de una constatación fundamental: la posverdad no puede reducirse a la simple circulación de noticias falsas ni a la ingenuidad de los ciudadanos para distinguir entre hechos y opiniones. Su raíz es mucho más profunda y se encuentra en la banalización de la mentira y la desestructuración del vínculo entre verdad y política. Este proceso implica una transformación de las condiciones mismas del juicio crítico, pues cuando la verdad pierde su valor orientador, la deliberación democrática se debilita y el discurso público se fragmenta en múltiples versiones de lo real. Como consecuencia, el diálogo racional se sustituye por la confrontación emocional y la esfera pública se convierte en un campo de batalla simbólico donde lo verdadero y lo falso se confunden bajo el mismo manto de lo “creíble”.

A lo largo de esta monografía se examinará cómo este fenómeno tiene raíces filosóficas profundas que remontan al perspectivismo de Friedrich Nietzsche y al análisis foucaultiano de los regímenes de verdad. La posverdad no surge de la nada: es la cristalización de una crisis larga

y compleja en torno al valor de la verdad, que se ha ido gestando desde la modernidad hasta la actualidad digital. Nietzsche, al desmontar la pretensión de objetividad del pensamiento occidental, mostró que toda verdad es interpretación; sin embargo, su reflexión no buscaba justificar la mentira, sino llamar a una lucidez radical ante las ilusiones del conocimiento. Foucault, por su parte, reveló que la verdad no es neutral, sino una forma de poder que organiza los discursos y legitima las prácticas sociales. En la era digital, estas intuiciones se han distorsionado hasta desembocar en un escenario donde la verdad ya no se disputa, sino que se desecha, y donde la manipulación emocional sustituye la verificación racional.

Este trabajo parte de esa tensión entre la búsqueda filosófica de la verdad y su progresiva disolución en las prácticas comunicativas contemporáneas. En este marco, la monografía tiene como propósito analizar el fenómeno de la posverdad desde una perspectiva filosófica, ética y política, comprendiendo su impacto en la democracia y proponiendo estrategias que permitan restaurar la veracidad como valor público. La investigación se articula en tres grandes momentos que abordan el problema desde su génesis conceptual hasta sus implicaciones prácticas.

El primer capítulo se dedica a caracterizar la posverdad en su doble dimensión filosófica y política. Se reconstruye el itinerario histórico del concepto de verdad desde la tradición clásica (representada por Platón, Aristóteles y Kant) hasta su cuestionamiento moderno en Nietzsche y su reinterpretación crítica en Foucault. Esta revisión permite mostrar cómo la verdad, entendida inicialmente como un valor moral y racional, ha sido desplazada por lógicas utilitarias y estratégicas propias del discurso político y mediático. Asimismo, se analizan casos paradigmáticos (como el Brexit, las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2016 y el plebiscito por la paz en Colombia) que evidencian la manera en que la manipulación informativa se convierte en herramienta estructural de poder y condiciona la percepción pública.

El segundo capítulo profundiza en el efecto de la posverdad sobre la percepción de la realidad y la formación del juicio público. A través de enfoques fenomenológicos y epistemológicos, se estudia cómo la posverdad no solo distorsiona la información, sino que altera la forma misma en que los individuos experimentan y construyen lo real. En este sentido, se examina la fragmentación del juicio en la era digital, la creación de burbujas informativas y la emergencia de realidades paralelas que imposibilitan el consenso democrático. Desde autores como Edith Stein, Karl Popper y Dietrich von Hildebrand, se plantea que el problema de fondo no es únicamente cognitivo, sino también ético y ontológico: una sociedad que renuncia al valor de la verdad erosiona su propia capacidad de convivir.

El tercer capítulo propone un conjunto de estrategias filosóficas y prácticas orientadas a contrarrestar los efectos de la posverdad. Inspiradas en la voluntad de lucidez nietzscheana, en la ética de la veracidad de Hannah Arendt y en la crítica contemporánea a los mecanismos de desinformación, estas estrategias buscan restituir la verdad como principio de cohesión democrática. Se abordan tres niveles de intervención: el filosófico, centrado en la recuperación del pensamiento crítico; el ético, enfocado en la responsabilidad comunicativa y la defensa de las verdades de hecho; y el institucional, orientado a la regulación de los algoritmos, la sanción de la desinformación masiva y el fortalecimiento del contrato epistemológico que sostiene la vida pública.

El abordaje propuesto es de naturaleza crítico-hermenéutica, sustentado en el análisis y la interpretación de fuentes filosóficas y políticas. Más que ofrecer respuestas definitivas, la investigación pretende abrir un espacio de reflexión sobre las implicaciones de la crisis de la verdad en la sociedad contemporánea. En este sentido, el trabajo no solo busca describir un fenómeno comunicativo, sino problematizar su trasfondo cultural y moral, revelando las

tensiones que surgen cuando la mentira se vuelve estructural y la verdad deja de ser un valor compartido.

En síntesis, esta monografía aspira a demostrar que la posverdad constituye una crisis multidimensional que afecta simultáneamente al conocimiento, la ética y la política. Su expansión amenaza la deliberación racional y fragmenta el tejido social, al reemplazar los hechos verificables por narrativas emotivas y manipuladas. Frente a esta amenaza, se plantea la necesidad de restaurar la centralidad de la verdad como principio orientador del juicio público y fundamento de la democracia. Solo mediante una revalorización filosófica de la verdad (entendida no como dogma, sino como compromiso ético con la realidad) será posible reconstruir un espacio común donde la palabra recupere su sentido y la política su legitimidad.

Planteamiento de problema

En medio de la sobreabundancia informativa y la inmediatez digital dentro de la sociedad y la democracia, los hechos parecen haber perdido su peso frente a las emociones, las creencias personales y los intereses políticos. Este fenómeno, conocido como *posverdad*, representa una de las transformaciones más inquietantes del siglo XXI, pues no se limita al terreno de la comunicación o los medios, sino que alcanza las estructuras mismas del pensamiento, la ética y la vida democrática. En este nuevo escenario, la verdad ya no se valora como principio de orientación racional, sino como herramienta de utilidad política. Mentir ha dejado de ser un acto reprochable y se ha convertido en una práctica estratégica normalizada, funcional al poder y a la lógica del impacto mediático.

El auge de la posverdad es, en gran medida, el resultado de un cambio estructural en los modos de producir y validar el conocimiento. La revolución tecnológica y la expansión de las redes sociales han descentralizado la autoridad de los medios tradicionales y las instituciones académicas, dando lugar a un ecosistema informativo fragmentado donde la verificación ha sido reemplazada por la velocidad y la viralización. En este contexto, las afirmaciones se valoran no por su correspondencia con los hechos, sino por su capacidad de provocar reacciones afectivas. Las plataformas digitales, regidas por algoritmos que priorizan la atención y el consumo, contribuyen a este proceso al crear burbujas informativas que refuerzan los prejuicios individuales y aíslan al sujeto en una realidad personalizada. Así, el espacio público se fractura y el diálogo democrático se reduce a la confrontación de narrativas incompatibles.

No obstante, el problema de la posverdad trasciende lo mediático. Su raíz es filosófica. Desde Friedrich Nietzsche, la idea de una verdad absoluta comenzó a ser cuestionada. En su ensayo *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (1873), el autor señala que las verdades

son metáforas que hemos olvidado que lo son, ficciones necesarias que se consolidan como certezas. Más que un relativismo, esta postura representa una invitación a desconfiar de los dogmas y a reconocer el carácter interpretativo del conocimiento. Michel Foucault retoma esta línea crítica al mostrar que toda sociedad produce sus propios regímenes de verdad, es decir, sistemas de poder que determinan qué discursos pueden ser considerados verdaderos y cuáles no. Sin embargo, la era de la posverdad lleva esta crítica al extremo: ya no se trata de analizar cómo el poder define la verdad, sino de constatar que la verdad ha perdido toda relevancia frente al poder. Lo importante no es que algo sea cierto, sino que sea convincente o emocionalmente eficaz.

En el ámbito político, esta banalización de la mentira tiene consecuencias devastadoras. Las campañas electorales recientes han demostrado que las estrategias de desinformación pueden moldear la opinión pública y determinar el rumbo de las decisiones colectivas. En el referendo del *Brexit*, por ejemplo, se difundieron datos falsos que alimentaron la indignación nacionalista; en las elecciones de Estados Unidos de 2016, las *fake news* se convirtieron en un arma de manipulación masiva; y en el plebiscito por la paz en Colombia, la tergiversación deliberada del acuerdo desató emociones que desbordaron los hechos. En todos estos casos, la mentira no fue un accidente, sino una herramienta política deliberada. Como advirtió Hannah Arendt (1996b, 2017), la mentira política no es nueva, pero lo que distingue a nuestro tiempo es su sistematicidad y su aceptación pública: la falsedad ha sido institucionalizada como parte del discurso.

La posverdad no solo altera la esfera pública, sino también la estructura de la experiencia humana. Desde la fenomenología realista, Edith Stein y Roman Ingarden sostuvieron que el conocimiento implica una apertura intencional al ser, una relación en la que el sujeto busca lo

real tal como se da. En cambio, en la cultura digital posverdadera, esta apertura se encuentra mediada por representaciones fabricadas. El sujeto ya no se relaciona con los hechos, sino con imágenes y relatos emocionalmente diseñados. La realidad se percibe no como algo que se descubre, sino como algo que se selecciona o se confirma. Este fenómeno produce una forma de subjetividad frágil, incapaz de distinguir entre lo verdadero y lo plausible, y genera un tipo de ciudadanía que reacciona más de lo que reflexiona.

El problema se agrava cuando la mentira se vuelve estructural. Como explica Dietrich von Hildebrand (2024), cuando la verdad deja de ocupar el lugar central en la vida pública, la moral y la política se disocian. La mentira deja de ser una desviación ocasional para convertirse en un componente aceptado del discurso social. Esta pérdida del valor de la verdad implica también una pérdida del juicio, pues si todo puede ser reinterpretado según conveniencia, el criterio para discernir desaparece. En este sentido, la posverdad constituye no solo una crisis epistemológica, sino también una crisis ética y ontológica, donde lo falso puede ser vivido como verdadero y lo verdadero puede ser descartado como irrelevante.

De este modo, el fenómeno de la posverdad plantea una amenaza directa a la democracia. La deliberación pública, fundamento de todo sistema democrático, presupone la existencia de un terreno común de hechos y significados. Cuando ese terreno se fractura, el diálogo se sustituye por el enfrentamiento emocional y la desconfianza generalizada. La política se transforma en espectáculo, la opinión en identidad, y la verdad en un producto más del mercado de la información. En este escenario, restaurar la centralidad de la verdad no es solo un imperativo moral, sino una condición de posibilidad para la convivencia y la justicia.

Así, el problema central que orienta esta monografía puede formularse en los siguientes términos:

¿De qué manera el fenómeno de la posverdad transforma la percepción de la realidad y la formación del juicio público, y qué estrategias filosóficas, éticas e institucionales pueden contribuir a restaurar la veracidad como valor esencial en la democracia contemporánea?

Responder a esta pregunta exige un análisis que integre la filosofía, la fenomenología, la epistemología y la ética política. No basta con denunciar la desinformación o promover la alfabetización mediática; es necesario comprender los fundamentos conceptuales que permiten su expansión y proponer vías estructurales para revertir su impacto. En este sentido, la investigación asume una perspectiva crítica e interpretativa, inspirada en Nietzsche, Foucault, Arendt y von Hildebrand, con el propósito de articular una comprensión profunda de la crisis de la verdad y de delinear caminos posibles hacia su recuperación. La tarea, más que restaurar una verdad perdida, consiste en redefinir el compromiso ético con la veracidad como principio que sostiene la razón pública y la posibilidad misma de una democracia auténtica.

Justificación

El presente estudio surge de la necesidad de comprender uno de los fenómenos más inquietantes del pensamiento y la práctica política contemporánea: la posverdad. En un contexto donde la información circula a una velocidad sin precedentes y donde las emociones parecen tener más peso que los hechos, se hace urgente examinar filosóficamente las transformaciones que han conducido a esta crisis del juicio público y de la veracidad. La posverdad no constituye únicamente una distorsión comunicativa o mediática; representa una mutación profunda en la relación entre el ser humano, la verdad y la realidad. Esta investigación, por tanto, no se limita a describir los efectos visibles del fenómeno, sino que busca desentrañar sus raíces conceptuales y sus implicaciones ético-políticas.

El interés por abordar esta problemática desde una perspectiva filosófica se fundamenta en que la posverdad no puede comprenderse sin atender a la evolución histórica de las nociones de verdad, conocimiento y poder. Desde el perspectivismo de Nietzsche, pasando por la crítica foucaultiana de los regímenes de verdad, hasta las reflexiones contemporáneas de Arendt y Von Hildebrand, se advierte que el debilitamiento de la verdad no es un accidente del presente, sino el resultado de una larga trayectoria en la que lo útil ha desplazado a lo verdadero como criterio dominante de legitimidad. En este sentido, analizar la posverdad es también examinar el modo en que las democracias modernas han perdido su fundamento racional y ético, reemplazando el debate público por la manipulación emocional y el cálculo estratégico.

La relevancia social del estudio radica en que la erosión del valor de la verdad compromete directamente la posibilidad de la convivencia democrática. Cuando la mentira deja de ser percibida como un acto moralmente reprobable y se convierte en una herramienta legítima del discurso político, se rompe el pacto básico que sostiene la confianza entre los ciudadanos y

las instituciones. Así, el fenómeno de la posverdad amenaza no solo la calidad de la información, sino el propio tejido de la vida pública. Comprender sus mecanismos, sus causas y sus consecuencias resulta indispensable para restaurar la racionalidad del juicio colectivo y garantizar la salud de los sistemas democráticos.

Desde el punto de vista metodológico, la investigación adopta un enfoque cualitativo de carácter filosófico y hermenéutico, que privilegia la interpretación crítica de textos y la articulación conceptual sobre la cuantificación empírica. Este enfoque permite analizar con rigor los fundamentos teóricos del problema y vincularlos con los fenómenos sociopolíticos actuales. La metodología se sustentó en la revisión de fuentes primarias y secundarias, la interpretación analítica de autores clásicos y contemporáneos, y la confrontación de perspectivas a fin de construir un marco comprensivo que explique el tránsito hacia la posverdad y sus efectos en el ámbito democrático.

Finalmente, el valor académico de esta monografía reside en su intención de ofrecer no solo un diagnóstico, sino también una propuesta. Frente a la banalización del discurso público, el trabajo plantea la urgencia de restaurar la centralidad de la verdad como horizonte ético y político, articulando estrategias filosóficas, educativas e institucionales orientadas a fortalecer la lucidez crítica del ciudadano contemporáneo. De este modo, la investigación contribuye al debate actual sobre la relación entre filosofía, comunicación y democracia, y reafirma la necesidad de volver a pensar la verdad no como una imposición dogmática, sino como un compromiso compartido con la dignidad y la responsabilidad de la palabra.

Objetivos

Objetivo general

Analizar filosóficamente el fenómeno de la posverdad y su impacto en la democracia contemporánea, con el fin de comprender sus fundamentos epistemológicos, éticos y políticos, y proponer estrategias orientadas a restaurar la veracidad y la racionalidad crítica en el discurso público.

Objetivos específicos

Examinar los fundamentos filosóficos del concepto de verdad y su transformación histórica, desde la modernidad hasta el pensamiento contemporáneo, identificando las condiciones que hicieron posible la emergencia de la posverdad como fenómeno cultural y político.

Interpretar el modo en que la posverdad afecta la percepción de la realidad y el juicio público en la era digital, mediante un análisis crítico de los mecanismos discursivos, mediáticos y tecnológicos que distorsionan la formación de la opinión colectiva.

Proponer estrategias filosóficas, educativas e institucionales que contribuyan a contrarrestar la expansión de la posverdad, fortaleciendo el pensamiento crítico, la responsabilidad comunicativa y la defensa de la verdad como valor esencial de la vida democrática.

Metodología

La sección metodológica de este trabajo se inscribe en el marco de una investigación filosófica orientada a la comprensión crítica del fenómeno de la posverdad y su incidencia en la democracia contemporánea. Su ubicación dentro del desarrollo de la monografía responde a la necesidad de que el lector haya recorrido previamente los fundamentos teóricos que permiten contextualizar el problema, comprendiendo los marcos conceptuales desde los cuales se examina la crisis de la verdad en la sociedad actual. Así, la metodología no se presenta como un conjunto de pasos mecánicos, sino como un proceso reflexivo que emerge del diálogo entre las teorías filosóficas, los contextos históricos y las prácticas comunicativas que configuran la realidad posverdadera.

En esta perspectiva, el método se entiende no como un instrumento externo al pensamiento, sino como la forma misma de su ejercicio. La filosofía, cuando busca comprender fenómenos complejos como el de la posverdad, requiere una actitud hermenéutica, crítica y abierta, capaz de interpretar los discursos en su densidad histórica y conceptual. Este enfoque supone una lectura atenta y rigurosa de los textos, una reconstrucción del sentido interno de las ideas y una evaluación de su coherencia con las dinámicas políticas y culturales del presente. Por ello, el diseño metodológico que guía esta investigación se despliega en tres ejes fundamentales: el enfoque, el método y las técnicas de análisis.

Enfoque

El enfoque adoptado en esta monografía es cualitativo, filosófico y hermenéutico-crítico. Su propósito no es cuantificar datos ni medir comportamientos, sino interpretar los sentidos, significados y tensiones conceptuales que atraviesan el fenómeno de la posverdad. Desde la tradición filosófica, el análisis de la verdad no puede reducirse a la simple constatación empírica,

pues involucra dimensiones éticas, políticas y ontológicas que solo pueden ser comprendidas a través de una lectura interpretativa de los discursos y de sus implicaciones sociales.

La orientación hermenéutica de este trabajo permite desentrañar las estructuras simbólicas y argumentativas mediante las cuales la posverdad se presenta como una forma de poder y de construcción de realidad. Asimismo, la perspectiva crítica ofrece los instrumentos para cuestionar los supuestos ideológicos que sostienen la manipulación informativa, la pérdida de confianza pública y la erosión de la racionalidad democrática. Este enfoque se apoya en la convicción de que la verdad, lejos de ser una categoría puramente lógica, constituye un valor político y ético indispensable para la vida en común.

Por tanto, el estudio se desarrolla dentro de una filosofía aplicada, que busca no solo describir los fenómenos discursivos, sino también evaluar sus consecuencias sobre la autonomía del pensamiento y la legitimidad de las instituciones democráticas. En este sentido, el enfoque adoptado permite combinar la profundidad teórica con una lectura situada del presente, comprendiendo la posverdad como una crisis cultural que exige respuestas tanto conceptuales como prácticas.

Método

El método de investigación se estructura en torno a una revisión documental y un análisis crítico-interpretativo de fuentes primarias y secundarias. Se parte del examen de las obras filosóficas que abordan la noción de verdad y su crisis en la modernidad —particularmente en Nietzsche, Foucault, Arendt, Stein, Popper y Von Hildebrand—, junto con textos contemporáneos que reflexionan sobre la posverdad, la manipulación mediática y el impacto de las tecnologías digitales en la formación de la opinión pública.

Este método combina dos movimientos complementarios: el análisis reconstructivo y la evaluación reflexiva. El primero busca exponer con fidelidad los argumentos, conceptos y estructuras lógicas presentes en las fuentes filosóficas, sin deformar sus intenciones originales. El segundo movimiento, de carácter crítico, somete dichas ideas a una confrontación con la realidad actual, contrastando su pertinencia teórica con los desafíos éticos y políticos que impone la era de la información.

En este proceso, la hermenéutica no se aplica como una técnica cerrada, sino como una práctica de interpretación situada. Se trata de comprender las categorías filosóficas desde su historicidad y su vigencia, reconociendo que los conceptos de “verdad”, “mentira”, “opinión” o “discurso” adquieren nuevos significados cuando se trasladan al contexto digital. La lectura comparativa de los autores seleccionados permite identificar continuidades y rupturas en la concepción de la verdad, así como las condiciones bajo las cuales esta ha perdido su autoridad frente al predominio de lo emotivo y lo ideológico.

El método empleado permite así pasar de la reflexión teórica al análisis cultural, evidenciando cómo las ideas filosóficas sobre la verdad se proyectan en fenómenos concretos de la política contemporánea. No se busca elaborar un sistema cerrado ni formular leyes universales, sino articular una comprensión profunda del problema y fundamentar propuestas que orienten su posible superación desde la ética y la filosofía política.

Técnicas de análisis

Las técnicas utilizadas corresponden a la investigación documental, el análisis filosófico y la argumentación crítica. La base del trabajo es la lectura directa de textos fundamentales que abordan el problema de la verdad desde distintas perspectivas. Las fuentes primarias incluyen las

obras de filósofos cuyas reflexiones han sido esenciales para comprender la relación entre verdad, poder y lenguaje, mientras que las fuentes secundarias comprenden estudios académicos, artículos y ensayos contemporáneos que examinan la posverdad como fenómeno político y mediático.

El análisis documental permitió seleccionar, clasificar y sistematizar la información más relevante para los objetivos de la investigación, garantizando la coherencia teórica del marco conceptual. La lectura crítica de las fuentes se desarrolló mediante un proceso de fichaje analítico, donde se registraron las ideas principales, las tensiones conceptuales y las convergencias entre autores. Esta técnica facilitó la construcción de una base sólida para el análisis interpretativo posterior.

El análisis filosófico consistió en la reconstrucción argumentativa de las teorías, identificando sus principios epistemológicos y su relación con la crisis de la verdad. Este ejercicio permitió establecer puentes entre tradiciones filosóficas distintas —como la fenomenología, el existencialismo, el positivismo y la hermenéutica crítica—, integrándolas en una reflexión común sobre la pérdida de sentido de la verdad en la cultura actual. Finalmente, la argumentación crítica se aplicó para evaluar las consecuencias éticas y políticas de la posverdad, valorando las posibles estrategias de restauración del juicio racional y del discurso veraz en la esfera pública.

Estas técnicas, aplicadas de forma coherente, permitieron alcanzar los objetivos propuestos: caracterizar filosóficamente el fenómeno de la posverdad, analizar su impacto en la democracia y proponer estrategias que promuevan una reconstrucción ética del discurso público. En conjunto, el enfoque, el método y las técnicas de análisis no solo aseguraron la rigurosidad conceptual del trabajo, sino que posibilitaron una lectura crítica de la crisis de la verdad, en la

que la reflexión filosófica se convierte en una herramienta indispensable para comprender y transformar la realidad contemporánea.

La Posverdad y su Impacto en la Democracia Contemporánea: Análisis Filosófico y Estrategias para Restaurar la Veracidad en el Discurso Público

La Posverdad como Banalización de la Mentira: Fundamentos Filosóficos, Distorsión Informativa e Impacto Político

Fundamentos Filosóficos: De la Verdad Clásica a la Banalización de la Mentira

El concepto de posverdad describe un fenómeno donde la mentira ya no se oculta ni se disfraza, sino que se vuelve aceptable, funcional y hasta preferible cuando permite movilizar, persuadir o influir. No se trata solo de apelar a emociones, sino de banalizar el valor de la verdad misma como criterio de lo que debe guiar el juicio público. La posverdad, entonces, es la normalización de la mentira en la cultura política y mediática contemporánea, donde los hechos comprobables pierden su centralidad, y la manipulación de la realidad se convierte en estrategia discursiva legítima.

Históricamente, la verdad fue considerada un valor central en la filosofía. Para Platón, la verdad era la forma suprema del conocimiento, ubicada en el mundo de las Ideas, y accesible mediante la razón. En *La República*, la verdad está asociada a la justicia y a la sabiduría; mentir era, en su sentido profundo, una forma de corromper el alma y el orden social.

Aristóteles, en cambio, formuló la verdad como la adecuación entre lo que se dice y lo que es (*Metafísica*, Libro IV), y consideró la mentira como un error o desviación del logos racional. Para ambos, la verdad no solo era un criterio epistemológico, sino un valor ético y político fundamental.

San Agustín también reflexionó profundamente sobre la verdad y la mentira. En *De mendacio* sostiene que la mentira es un pecado porque contradice la naturaleza misma de Dios, que es Verdad, y porque rompe la confianza entre los hombres. Para él, incluso las mentiras aparentemente inofensivas corrompen el alma, pues el lenguaje fue dado al ser humano para comunicar la verdad, no para distorsionarla (San Agustín, 1990).

En la modernidad, René Descartes reafirmó la centralidad de la verdad en su proyecto filosófico. En *Meditaciones metafísicas*, introdujo la duda metódica con el fin de llegar a una certeza indudable que sirviera de fundamento al conocimiento. Para Descartes, el compromiso con la verdad era tan radical que prefería suspender toda creencia antes que aceptar una afirmación dudosa. La posverdad, en contraste, representa un abandono de esa exigencia cartesiana, sustituyendo la búsqueda de certeza por la comodidad de narrativas emotivas (Descartes, 2004)

Asimismo, en dicha era, Kant sostuvo en *La metafísica de las costumbres* (1797) que mentir es “una infracción contra el deber hacia uno mismo”, ya que atenta contra la dignidad racional. El valor de la verdad tenía, por tanto, una dimensión moral irrenunciable.

Sin embargo, en el siglo XIX, Nietzsche inaugura una crítica radical al valor absoluto de la verdad. En *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (1873), denuncia que la verdad es una convención social, una ilusión necesaria. Para él, la humanidad vive de “ilusiones útiles”, y

la verdad es apenas “un ejército móvil de metáforas”. Aunque Nietzsche no niega la necesidad de verdades, sí muestra que están atravesadas por perspectivas, intereses y poderes.

En el siglo XX, Michel Foucault retoma esta crítica y propone que cada época produce su propio “régimen de verdad”, es decir, una configuración histórica y política de lo que se acepta como verdadero. En *El orden del discurso* (1970) y *Vigilar y castigar* (1975), Foucault sostiene que la verdad está siempre relacionada con mecanismos de poder, vigilancia y legitimación institucional.

Esta erosión de la verdad encuentra una advertencia temprana en Hannah Arendt. En *Verdad y política* (1996b) distingue entre verdades racionales y verdades de hecho, subrayando que la manipulación deliberada de estas últimas amenaza el espacio mismo de la política. Para Arendt, la mentira política no es nueva, pero su normalización como estrategia comunicativa es un signo alarmante de que el suelo común que sostiene la vida democrática se desmorona (Arendt, 2017).

Desde esta genealogía, la posverdad no es simplemente un fenómeno reciente, sino la culminación de un proceso en el que la verdad ha sido despojada de su autoridad moral y política, hasta volverse opcional, sustituible o manipulable. Lo característico de la posverdad no es solo que se mienta, sino que la mentira ya no necesita justificación, ni se siente la obligación de esconderla. Como dice Valadier (2017), la mentira deja de ser lo opuesto a la verdad y se convierte en una alternativa viable en la lucha por el poder simbólico.

Así, el fenómeno de la posverdad puede caracterizarse como:

- Una banalización sistemática de la mentira.
- Una ruptura de la relación entre el discurso público y los hechos comprobables.

- Una estrategia que diluye la distinción entre lo verdadero y lo falso en favor de la utilidad política o mediática del mensaje.
- Una condición cultural en la que la verdad ya no importa si la falsedad moviliza más eficazmente.

La Mentira como Estrategia: Casos Políticos y su Impacto en la Percepción Pública en la Era de la Posverdad

El fenómeno de la posverdad se manifiesta con particular fuerza en el ámbito político y mediático, donde el discurso público ha dejado de estar orientado por la búsqueda de la verdad para convertirse en una arena donde las mentiras deliberadas se emplean como herramientas legítimas de persuasión. Esta transformación no responde a un descuido accidental de los hechos, sino a una estrategia calculada que utiliza la mentira como arma retórica, erosionando la confianza en las instituciones, en los medios de comunicación y en la propia noción de objetividad. En este contexto, la mentira deja de ser una excepción vergonzante para convertirse en una constante aceptada, legitimada por su eficacia y utilidad política.

Un ejemplo emblemático de esta dinámica se encuentra en la campaña del Brexit en el Reino Unido en 2016. Uno de los lemas centrales fue la afirmación de que el país enviaba 350 millones de libras semanales a la Unión Europea, dinero que podría destinarse al sistema nacional de salud. Cabe señalar que incluso después del referéndum, varios líderes de la campaña reconocieron que la cifra de los “350 millones de libras” era engañosa, pero ya no importaba: el mensaje había cumplido su cometido político. La mentira no buscaba ser creída indefinidamente, sino movilizar en el momento decisivo.

De esta manera, aunque esta cifra fue desmentida por múltiples fuentes oficiales, el mensaje ya había cumplido su función: generar indignación y reafirmar el sentimiento nacionalista. No se trató de una falsedad encubierta, sino de una distorsión deliberada sostenida públicamente, sin intención de rectificación. La mentira se volvió, así, una herramienta útil para influir en la percepción pública, como señala Fernández (2020), quien destaca que el éxito de estas campañas no depende de la veracidad de los hechos, sino de su capacidad de movilización emocional.

Una situación similar ocurrió durante las elecciones presidenciales en Estados Unidos en 2016. La campaña de Donald Trump se vio acompañada por una avalancha de noticias falsas, muchas de ellas difundidas en redes sociales a través de cuentas automatizadas y páginas sin control editorial. Narrativas como el “Pizzagate” o la supuesta implicación de Hillary Clinton en redes criminales circularon masivamente a pesar de su falsedad demostrada. Así que, también es importante mencionar que la campaña de Donald Trump popularizó el uso del término *fake news*, que primero designaba la proliferación de noticias falsas en redes, pero luego fue reapropiado por el propio Trump para desacreditar a medios críticos como CNN o The New York Times. Así, la acusación de falsedad se convirtió en arma política, relativizando toda pretensión de objetividad (D’Ancona, 2018).

Como observa Jiménez (2018), estas falsedades no solo distorsionaron la percepción pública, sino que lograron establecerse como creencias firmes en segmentos del electorado. En este caso, la mentira no solo fue tolerada, sino que se convirtió en una estrategia estructural de comunicación política.

El caso del plebiscito por la paz en Colombia en 2016 refuerza aún más esta tendencia. Juan Carlos Vélez, gerente de la campaña por el “No”, admitió en entrevistas posteriores que se

diseñó una estrategia para “sembrar indignación” mediante tergiversaciones del acuerdo firmado entre el gobierno y las FARC. Se difundieron versiones manipuladas del texto, afirmando que se entregarían subsidios exagerados a exguerrilleros o que se promovería la ideología de género en las escuelas. Estas afirmaciones fueron desmentidas posteriormente, pero ya habían moldeado emocionalmente la opinión pública. Como argumenta González Arocha (2021), en contextos de posverdad no importa si la información es verdadera, sino si logra resonar con los prejuicios, temores o aspiraciones del público.

En estos tres casos, la mentira dejó de ser una infracción ocasional del discurso racional para convertirse en el eje estructural de la estrategia comunicativa. La falsedad fue presentada sin pudor, amplificada por medios digitales, y aceptada como válida por parte de la audiencia. La posverdad, como forma de banalización de la mentira, logra modificar profundamente la percepción pública, desdibujando la frontera entre lo verdadero y lo falso, lo verificable y lo emotivo, lo racional y lo manipulado.

Este proceso tiene consecuencias devastadoras para la democracia. Como advierte D’Ancona (2018), el debate público pierde su fundamento cuando la verdad ya no es un criterio compartido, sino una opción entre muchas otras posibles narrativas. La deliberación racional cede ante la confrontación emocional; los hechos comprobables se ven sustituidos por relatos que apelan a sentimientos de miedo, orgullo o resentimiento. La ciudadanía se fragmenta en burbujas informativas que confirman sus creencias y rechazan cualquier evidencia contraria. En palabras de Valadier (2017), la posverdad representa una mutación cultural profunda: ya no se trata de convencer con razones, sino de impactar con relatos emocionales, aunque estos sean abiertamente falsos.

En última instancia, la posverdad transforma el espacio público en un escenario donde ya no se debate la verdad, sino la verosimilitud emocional de las mentiras. Esto convierte a la política en un juego de percepciones, deslegitima las instituciones, polariza a la sociedad y mina la posibilidad misma de construir consensos informados. De ahí la necesidad urgente de desarrollar estrategias educativas, mediáticas y éticas que restablezcan el valor de la verdad como fundamento del discurso democrático y del juicio crítico ciudadano. Este fenómeno no se limita a la esfera política. En la publicidad, la exageración y la verdad a medias se han normalizado como recursos aceptables, contribuyendo a la banalización de la mentira en la cultura contemporánea. En las redes sociales, el humor irónico y los memes funcionan muchas veces como vehículos de desinformación disfrazada de entretenimiento, diluyendo las fronteras entre lo verdadero y lo falso. En los medios, la creciente polarización ha reforzado la percepción de que existen “hechos alternativos”, expresión popularizada en 2017 por la asesora de Trump, Kellyanne Conway, para justificar datos manifiestamente falsos. Todos estos elementos refuerzan la idea de que la posverdad es, más que un episodio político aislado, una condición cultural global.

La Posverdad y la Percepción de la Realidad: Fundamentos Filosóficos y Fragmentación del Juicio Público

Perspectivismo, Poder y Verdad: Fundamentos Filosóficos de la Posverdad

Comprender el fenómeno de la posverdad en su profundidad implica mucho más que describir un contexto mediático contaminado por falsedades. Supone examinar los cambios en las estructuras filosóficas del conocimiento, la verdad y la experiencia que lo hacen posible. La posverdad no nace en el vacío: se inscribe en una transformación epistemológica y ontológica de larga duración, en la que la verdad ha dejado de concebirse como una correspondencia objetiva entre lenguaje y realidad, para volverse una construcción situada, disputada y, en su versión más extrema, emocionalmente funcional. Este desplazamiento de la verdad como correspondencia hacia su reducción a lo útil no puede entenderse sin considerar la genealogía más amplia de la filosofía occidental. Ya en la modernidad, pensadores como Descartes y Kant habían defendido la necesidad de fundamentos sólidos para la verdad, pero su confianza en la razón fue radicalmente cuestionada por Nietzsche. De hecho, como explica Valadier (2017), el tránsito a la posverdad puede leerse como una mutación cultural en la que se desdibujan aquellas exigencias racionales y morales de la tradición clásica y moderna. En otras palabras, la posverdad no surge de la nada, sino de una larga historia de tensiones en torno al valor y la función de la verdad.

Esta ruptura encuentra su origen filosófico más influyente en Friedrich Nietzsche. En su ensayo *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (1997), Nietzsche afirma que las verdades no son más que metáforas que se han desgastado, ilusiones que han sido olvidadas como tales. Para él, toda pretensión de objetividad es en realidad una estrategia de dominación simbólica. Desde esta perspectiva, el conocimiento no revela lo real, sino que lo interpreta según

posiciones, intereses y voluntades. Su célebre idea de perspectivismo señala que no hay hechos, solo interpretaciones, y que toda afirmación de verdad es producto de una perspectiva encarnada, histórica y condicionada (Nietzsche, 2000). Este planteamiento nietzscheano es crucial para entender la posverdad contemporánea. Si bien Nietzsche concebía el perspectivismo como un método crítico que obligaba a revisar constantemente las pretensiones de verdad, en la era digital esta visión ha sido distorsionada: la multiplicidad de perspectivas ya no fomenta la crítica, sino que produce un relativismo radical en el que cualquier afirmación puede ser presentada como válida si encuentra resonancia emocional. Como señala Montero Lahsen (2017), lo que en Nietzsche era una apuesta por la vitalidad interpretativa se convierte hoy en una banalización de la diferencia, donde el conflicto entre perspectivas ya no enriquece el conocimiento, sino que alimenta burbujas aisladas.

Autores contemporáneos han desarrollado este punto con profundidad. Luján Salazar (2002), en su estudio sobre el perspectivismo nietzscheano, aclara que no se trata de un relativismo banal, sino de una postura crítica que exige analizar desde dónde se enuncia una verdad y quién la sostiene. El perspectivismo no niega la realidad, sino que afirma su pluralidad interpretativa. En una línea similar, Montero Lahsen (2017) sostiene que para Nietzsche la verdad no es algo a lo que se accede desde un punto de vista neutral, sino que está intrínsecamente ligada a la experiencia vital, el cuerpo y los afectos del sujeto que la enuncia.

Michel Foucault continúa esta crítica a la verdad objetiva desde una perspectiva arqueológica y genealógica. En *El orden del discurso* (1971) y *Vigilar y castigar* (1975), Foucault sostiene que toda sociedad produce sus propios regímenes de verdad, definidos por el conjunto de reglas, instituciones, prácticas y discursos que determinan lo que puede decirse, pensarse o considerarse verdadero. La verdad no está fuera del poder, sino que es una forma de

poder, una herramienta que disciplina, normaliza y regula. En consecuencia, las verdades dominantes no son las más cercanas a los hechos, sino las más funcionales para el mantenimiento del orden social (Foucault,2002). La crítica foucaultiana a los regímenes de verdad adquiere una relevancia especial en la era digital. Como advierte Sánchez Martínez (2018), las plataformas de redes sociales han devenido en nuevos dispositivos de poder que producen y distribuyen discursos con un alcance sin precedentes. Estas plataformas no solo canalizan la verdad, sino que la fabrican algorítmicamente: privilegian ciertos contenidos, amplifican otros y silencian algunos más. La posverdad, en este sentido, puede considerarse una radicalización del régimen de verdad digital, donde lo que circula y se legitima no depende de su fidelidad a los hechos, sino de su capacidad de generar visibilidad y engagement.

El fenómeno de la posverdad radicaliza estas intuiciones filosóficas. Si Nietzsche había anunciado el ocaso de la verdad absoluta y Foucault había mostrado su dependencia del poder, la posverdad actual descompone incluso la necesidad de justificación. En lugar de disputar las condiciones de enunciación de la verdad, las narrativas posverdaderas prescinden de cualquier compromiso con los hechos. Se impone como verdad aquello que resuena emocionalmente, se viraliza o resulta útil políticamente. Como afirma D’Ancona (2018), en la posverdad “los hechos objetivos importan menos que las emociones y las creencias personales”.

La crítica a esta banalización de la verdad también puede abordarse desde la fenomenología realista, como la desarrollada por Edith Stein, Roman Ingarden y Dietrich von Hildebrand. Estos pensadores afirmaron que el conocimiento surge de una apertura intencional al ser, no de una creación arbitraria del sujeto. Para Stein, por ejemplo, el juicio se da sobre un contenido objetivable que se nos da en la experiencia, y que debe ser analizado con rigurosidad eidética (Stein, 2002). Sin embargo, en la era de la posverdad, esta intencionalidad queda

distorsionada por narrativas que reconfiguran previamente la experiencia misma. El sujeto ya no accede al mundo, sino a una versión mediada, emocionalmente manipulada, de lo que debe considerar real.

Desde otro enfoque crítico, Karl Popper (1972) defendió una epistemología de la falsación: una afirmación es científica si puede ser refutada, y por tanto debe exponerse a la crítica. La posverdad, por el contrario, ciega al sujeto frente a la posibilidad de corrección. Las creencias que circulan en su marco no están abiertas a verificación, sino protegidas por burbujas afectivas y entornos algorítmicos que refuerzan los sesgos y bloquean el disenso. Esto transforma la noción misma de verdad: ya no es aquello que resiste al error, sino lo que satisface emocionalmente. En esta línea, Dietrich von Hildebrand (2024) ha descrito el fenómeno actual como un auténtico “destronamiento de la verdad”. Para este autor, cuando la verdad deja de ser el horizonte que orienta el juicio, la vida pública se degrada inevitablemente, porque la mentira ya no es percibida como ruptura moral, sino como un recurso estratégico legítimo. La posverdad, por tanto, no es solo una crisis epistémica, sino también ética, en tanto que la disposición a engañar sistemáticamente se normaliza y la búsqueda de lo verdadero deja de ser un deber cívico y moral.

El resultado es una mutación profunda del juicio público. Las opiniones se forman no a partir de una deliberación crítica, sino de una exposición constante a discursos que refuerzan la identidad y la afectividad. La “voluntad de verdad” se convierte en “voluntad de creer”. Como advierte Valadier (2017), el verdadero peligro de la posverdad no es la mentira ocasional, sino la aceptación de una cultura donde la mentira ya no necesita disimulo, y donde lo falso es legítimo si moviliza, consuela o refuerza.

El fenómeno de la posverdad no puede comprenderse sin el trasfondo filosófico que lo hace posible: el descentramiento de la verdad como eje del discurso racional. En la conjunción entre el perspectivismo nietzscheano, la crítica foucaultiana del poder-saber, la intencionalidad fenomenológica y la epistemología crítica popperiana, se revela una verdad fragmentada, situada, politizada y emocionalmente condicionada. Pero la posverdad no es simplemente un eco de estas ideas: es su desfiguración pragmática, una forma de anular el juicio en favor de la eficacia. La tarea filosófica, entonces, consiste en resistir la reducción de la verdad a lo útil y reabrir el espacio del pensar crítico en medio de una cultura que ha perdido el valor de lo verdadero. Así, la posverdad no debe confundirse con un simple relativismo cultural o una moda comunicativa, sino que constituye un verdadero cambio de paradigma en la relación entre lenguaje, verdad y política. Como advierte D'Ancona (2018), lo que está en juego no es la existencia de verdades alternativas, sino la sustitución del criterio de verdad por el criterio de utilidad emotiva. El reto filosófico consiste en rescatar la posibilidad de un discurso que, sin negar la pluralidad de perspectivas, sea capaz de sostener un mínimo común de factualidad y racionalidad.

Realidad Subjetiva, Percepción Pública y Fragmentación del Juicio en la Era Digital

Si la posverdad supone una transformación filosófica de la noción de verdad, también representa un cambio profundo en la manera en que los individuos perciben la realidad y forman sus opiniones. Este cambio es tanto epistemológico como fenomenológico: afecta el modo en que el sujeto conoce y, al mismo tiempo, el modo en que experimenta el mundo. En la era digital, la posverdad no solo cuestiona qué es verdadero, sino que disuelve los criterios compartidos de validación de lo real, dando lugar a realidades subjetivas que coexisten en forma de burbujas, sin posibilidad de diálogo entre ellas.

Desde el enfoque de la fenomenología, la percepción del mundo es siempre un acto intencional, orientado hacia objetos que se nos dan en la experiencia. Edith Stein (2002), siguiendo a Husserl, defendía que el sujeto no se inventa el mundo, sino que lo recibe, aunque siempre desde una estructura vivencial situada. Sin embargo, en el contexto posverdadero, esta estructura de la experiencia queda mediada por narrativas preconfiguradas que condicionan lo que puede o no ser percibido como real. Lo que se da en la experiencia ya no es la cosa misma, sino su versión emocionalmente resonante, moldeada por los algoritmos, los sesgos cognitivos y los intereses discursivos. En este punto, es crucial considerar el papel de los algoritmos en la producción de estas realidades. Como explican Blanco Alfonso, García Galera y Tejedor Calvo (2019), los algoritmos no solo distribuyen información, sino que seleccionan activamente qué contenidos serán visibles y cuáles quedarán relegados. Esto implica que las percepciones públicas no son solo el resultado de decisiones individuales, sino de una ingeniería de la atención que privilegia los mensajes más susceptibles de generar emociones intensas, aunque carezcan de veracidad.

Uno de los efectos más visibles de este proceso es la multiplicación de realidades paralelas. En lugar de compartir un espacio común de verificación, los individuos se agrupan en entornos digitales que filtran y refuerzan sus creencias previas. Como señala Sánchez Martínez (2018), estas burbujas informativas consolidan versiones incompatibles de la realidad, lo que fragmenta el juicio colectivo y obstaculiza cualquier deliberación democrática. No se trata simplemente de ignorancia, sino de una disposición activa a preferir la información que se ajusta a las emociones propias, sin importar su veracidad.

La filosofía crítica también ha advertido sobre este fenómeno. Karl Popper (1972), al defender el principio de falsabilidad, insistía en que la verdad debe someterse al examen

constante y a la posibilidad de refutación. En cambio, en la cultura de la posverdad, las afirmaciones no se exponen al contraste con los hechos, sino que se protegen mediante afiliación emocional. Las creencias ya no se sostienen por su fundamento epistémico, sino por su capacidad de producir satisfacción afectiva. Este tipo de “blindaje emocional”, como lo han llamado algunos analistas (Hernández Morales & Durán Padilla, 2022), impide cualquier forma de corrección racional.

En este escenario, la verdad se convierte en una experiencia subjetiva. Lo verdadero es aquello que se “siente” como verdadero. Esta transformación produce una forma de conocimiento que ya no requiere evidencia, sino identificación emocional. Las opiniones públicas se constituyen desde una lógica afectiva, amplificada por plataformas digitales que optimizan la visibilidad de contenidos viralizables, no necesariamente verificables. Como argumentan Blanco Alfonso, García Galera y Tejedor Calvo (2019), las fake news no solo desinforman: producen realidades simbólicas completas, que transforman la manera en que los sujetos se relacionan con el mundo.

Este fenómeno tiene una consecuencia política grave: el colapso del consenso sobre los hechos. Cuando diferentes sectores de la sociedad ya no comparten una base mínima de realidad verificable, el diálogo democrático se vuelve impracticable. En lugar de deliberar sobre el sentido de los hechos, se disputa la existencia misma de esos hechos. La política se convierte en una competencia de narrativas, donde lo eficaz desplaza a lo verdadero, y donde las emociones sustituyen a los argumentos.

Desde una perspectiva crítica, esta simplificación de las narrativas también constituye un problema filosófico. Barrientos-Báez et al. (2022) señalan que la reducción de problemas complejos a dicotomías emocionales no solo facilita la manipulación, sino que empobrece la

capacidad crítica del público. El pensamiento complejo, propio de la filosofía, queda desplazado por relatos que ocultan la ambigüedad y promueven respuestas rápidas, simplistas y polarizantes.

En este sentido, la posverdad también opera como una ingeniería de la simplificación. Frente a la complejidad de lo real, se ofrecen versiones digeribles, emocionalmente satisfactorias y políticamente útiles. Estas narrativas funcionan como dispositivos de orientación afectiva, capaces de estructurar la percepción sin necesidad de justificación racional. Lo que se impone no es el argumento mejor fundado, sino el relato que mejor resuena con las emociones colectivas (Bartolomé, 2021).

Foucault (2002) ya había advertido que la producción de verdad no es neutra, sino estratégica. En el entorno de la posverdad, esta producción se ha descentralizado y acelerado: ya no es monopolio de instituciones académicas o científicas, sino que se disemina desde cualquier nodo digital con suficiente visibilidad. La verdad, en tanto bien común, se debilita; lo que queda es una constelación de versiones emocionalmente blindadas, incompatibles entre sí, que destruyen el terreno compartido donde podía sostenerse la deliberación democrática.

Así que, esta fragmentación no es solo epistémica, sino también ontológica. Como advierte Sánchez Martínez (2018), las realidades paralelas generadas en la era de la posverdad no son simples percepciones erróneas: son formas de habitar el mundo. Lo que cada grupo asume como verdadero configura su experiencia del presente, su memoria del pasado y su proyección del futuro. Así, la posverdad no es solo una crisis del conocimiento, sino una crisis del ser-en-el-mundo, donde la verdad ya no es horizonte común, sino campo de batalla afectivo. Esta crisis no afecta únicamente a la epistemología o a la política, sino a la condición misma de la vida democrática. Una sociedad que no comparte un horizonte común de hechos se fragmenta en comunidades de sentido incommunicables, donde el diálogo se reemplaza por la confrontación

emocional. Como afirma Valadier (2017), lo verdaderamente alarmante no es que se mienta, sino que la mentira deje de ser reconocida como tal. Frente a esta banalización, la tarea filosófica y política del presente consiste en restituir la centralidad de la verdad como condición de posibilidad de la convivencia.

Estrategias Filosóficas y Prácticas para Contrarrestar la Influencia de la Posverdad en la Sociedad Contemporánea

Recuperar la Dimensión Filosófica de la Verdad como Valor

La posverdad, tal como se expuso en los capítulos anteriores, no puede ser entendida simplemente como un exceso de emotividad en el discurso político ni como una incapacidad ciudadana para distinguir entre hechos y opiniones. Estas explicaciones, aunque señalan aspectos importantes, resultan reduccionistas. El núcleo del fenómeno es más profundo: la banalización de la mentira, la desestructuración del vínculo entre verdad y política y la fragmentación del juicio crítico. Como advierte Arendt (1996b), cuando los hechos de la realidad son sistemáticamente manipulados o negados, la política pierde su suelo común y la democracia se convierte en un campo de retóricas irreconciliables. Por ello, las respuestas frente a la posverdad no pueden limitarse a la alfabetización mediática o a meros entrenamientos de lectura crítica, ya que el problema se ubica en el corazón mismo de la relación entre verdad, poder y sociedad.

Frente a este panorama, resulta indispensable recuperar la dimensión filosófica de la verdad como valor, comprendiendo que sin ella se debilita la base misma del juicio racional y del diálogo democrático. Friedrich Nietzsche, pese a haber cuestionado el absolutismo de la verdad, no defendió la mentira como recurso político, sino que propuso una voluntad de lucidez: la

disposición a enfrentarse a la realidad en toda su crudeza, incluso cuando esta resulta incómoda o dolorosa. En *Más allá del bien y del mal* (2000), Nietzsche afirma que la grandeza del espíritu se mide por su capacidad de soportar la verdad sin necesidad de refugiarse en ilusiones o consuelos, aunque ello implique desestabilizar certezas establecidas.

Esta idea de la lucidez nietzscheana puede servir de inspiración para una ética contemporánea de la comunicación. En una época donde la mentira se normaliza como estrategia política y mediática, la fidelidad a la verdad debe ser entendida no como dogma absoluto, sino como un compromiso ético inquebrantable con la crítica y la confrontación de los hechos. Tal ética no implica ingenuidad, sino precisamente la capacidad de reconocer que los discursos están atravesados por relaciones de poder, como señala Foucault (1971), pero que incluso en ese marco la mentira sistemática destruye las condiciones de posibilidad del juicio.

Así, la filosofía nietzscheana no debe ser leída como justificación de la posverdad, sino como un llamado a resistir las formas vulgares de manipulación. Su apuesta es por una actitud crítica y lúcida que se convierta en principio normativo de la comunicación pública: enfrentar lo real sin disfraces, resistir la tentación de las narrativas convenientes y restituir la verdad como horizonte indispensable de la vida en común.

Regímenes de Verdad y Regulación de los Algoritmos en la Era Digital

Si el primer paso para enfrentar la posverdad es recuperar la dimensión filosófica de la verdad como valor, el segundo consiste en comprender que esta verdad no circula en un vacío, sino en estructuras de poder y sistemas de mediación que determinan qué discursos se amplifican y cuáles son invisibilizados. En este punto resulta indispensable acudir al análisis de Michel Foucault, quien en *El orden del discurso* (2002) y *Vigilar y castigar* (2002) sostiene que cada

sociedad organiza lo que denomina regímenes de verdad: conjuntos de prácticas, instituciones y discursos que delimitan lo que puede considerarse verdadero y lo que no. La verdad, desde esta perspectiva, no es un atributo puro de los hechos, sino un producto regulado, gestionado y circulado dentro de entramados de poder.

La era digital ha llevado esta dinámica a un nivel sin precedentes. Los algoritmos de las plataformas digitales —Google, Facebook, X (antes Twitter), TikTok, entre otras— se han convertido en los nuevos mediadores de los regímenes de verdad. A diferencia de los viejos sistemas de censura estatal o del control de la prensa tradicional, estos algoritmos operan con criterios de atención e interacción: priorizan el contenido más susceptible de generar reacciones emocionales, sin importar su veracidad. Como señala Pariser (2011), esto produce un efecto de “burbuja de filtros” que encierra al usuario en un ecosistema informativo hecho a la medida de sus preferencias, reforzando sus prejuicios y blindándolo frente a datos que contradigan sus creencias.

En este contexto, la posverdad encuentra un terreno fértil: los mensajes falsos, pero emocionalmente impactantes, se difunden con mayor rapidez que las informaciones verificadas. Estudios recientes muestran que las fake news tienen un 70% más de probabilidades de ser compartidas que las noticias verdaderas, debido a que apelan a la sorpresa, la indignación o el miedo (Vosoughi, Roy & Aral, 2018). De este modo, la economía de la atención se convierte en un dispositivo estructural que erosiona la posibilidad de un consenso basado en hechos.

Frente a este escenario, se hace urgente avanzar hacia una regulación de los algoritmos, no en clave de censura, sino de responsabilidad epistémica. Así como las sociedades democráticas establecen normas para evitar monopolios mediáticos o prácticas de publicidad engañosa, también deben exigir a las plataformas digitales mecanismos de transparencia en la

selección de contenidos y límites a la amplificación de desinformación sistemática. Como plantea Helbing et al. (2019), sin una regulación adecuada, los algoritmos no solo organizan la economía digital, sino que moldean las percepciones colectivas y, con ello, los procesos democráticos.

La propuesta, entonces, no se limita a educar al ciudadano para que “aprenda a filtrar” información, pues ello lo convierte en víctima de una sobrecarga imposible de procesar individualmente. La solución debe ser estructural y colectiva: redefinir los marcos en los que circula la verdad en la esfera digital. Si los regímenes de verdad han mutado de instituciones centralizadas hacia sistemas algorítmicos descentralizados, la política democrática debe intervenir en esos regímenes para garantizar que la circulación de información no esté dominada únicamente por la lógica de la viralidad.

En este sentido, recuperar a Foucault implica reconocer que la lucha contra la posverdad no consiste en restaurar una verdad absoluta, sino en modificar las condiciones de producción y circulación de lo verdadero, de manera que se priorice la deliberación informada y se minimice la manipulación masiva. Solo a través de una regulación consciente y democrática de los algoritmos se podrá impedir que la mentira, convertida en mercancía digital rentable, siga desplazando a la verdad como principio de la vida pública.

Ética de la Comunicación Pública y Compromiso Cívico con las Verdades de Hecho

Una de las dimensiones más graves de la posverdad es que erosiona el suelo común sobre el cual se construye la política democrática. Hannah Arendt, en *Verdad y política* (1996b) y en *Verdad y mentira en política* (2017), distingue entre verdades racionales (propias de la filosofía y las matemáticas, donde no hay espacio para la opinión) y verdades de hecho (referidas a

acontecimientos verificables de la realidad histórica y social). Estas últimas, según Arendt, constituyen el material indispensable para la deliberación política, pues sin un acuerdo mínimo sobre los hechos, el debate público degenera en una pugna interminable de discursos sin posibilidad de verificación ni resolución.

En la era de la posverdad, las verdades de hecho se han convertido en el blanco preferido de la manipulación política. No se trata solo de ocultar o distorsionar datos, sino de negar deliberadamente la existencia misma de los hechos. Ejemplos como la campaña del Brexit en 2016 o las elecciones presidenciales en Estados Unidos ese mismo año ilustran cómo consignas falsas —por ejemplo, el supuesto ahorro millonario destinado al sistema de salud británico o la afirmación de fraude electoral sin pruebas— lograron instalarse como elementos centrales de la discusión pública. Arendt advertía que esta negación no solo destruye la credibilidad de las instituciones, sino que anula la posibilidad de un diálogo racional, porque cuando los hechos se ponen al mismo nivel que las opiniones, el espacio público se convierte en un campo de batalla puramente retórico.

Frente a ello, se hace necesaria una ética de la comunicación pública que establezca principios mínimos de responsabilidad en la transmisión de información. Dicha ética debe extenderse no solo a los medios tradicionales, sino también a los actores políticos, las plataformas digitales y los propios ciudadanos que participan en la circulación de mensajes. Como recuerda Von Hildebrand (2024), el “destronamiento de la verdad” ocurre cuando la mentira deja de percibirse como un quiebre moral para convertirse en una estrategia legítima. Una ética pública debe invertir esta tendencia, restituyendo la verdad como valor no negociable en el ámbito político.

Esta ética de la comunicación implica, en primer lugar, reconocer la distinción entre error y mentira. Mientras el error es inherente a toda actividad humana y puede ser corregido mediante el diálogo y la contrastación, la mentira deliberada constituye una agresión al espacio común de la política. Por tanto, la ética comunicativa debe exigir que los errores se reconozcan y corrijan, y que las mentiras sistemáticas sean objeto de sanción social e institucional.

En segundo lugar, supone el fortalecimiento de un compromiso cívico con las verdades de hecho. Esto significa que los ciudadanos deben asumir que la defensa de los hechos no es una tarea secundaria ni exclusiva de periodistas o académicos, sino una virtud democrática. En la medida en que cada individuo se compromete a sostener el suelo común de lo real, la política recupera la posibilidad de ser un espacio de deliberación y no un campo de simulaciones estratégicas.

Por último, esta ética debe traducirse en códigos de conducta y políticas públicas que comprometan a los actores con mayor capacidad de influencia: medios de comunicación, partidos políticos, plataformas digitales a salvaguardar la integridad de los hechos. Ello no implica imponer verdades absolutas, sino garantizar que la factualidad sea reconocida como condición básica de la vida pública. Como subraya Arendt (1996b), “la libertad de opinión es una farsa si no se garantiza la existencia de hechos sobre los que opinar”.

En definitiva, la lucha contra la posverdad exige algo más que regulaciones técnicas: requiere una reconstrucción ética del pacto comunicativo, donde los hechos sean defendidos como patrimonio común y no como armas de manipulación. Solo así se podrá restablecer el vínculo entre verdad y política que la posverdad ha puesto en crisis.

Respuestas Institucionales y Legales Frente a la Desinformación Masiva

Si bien la recuperación del valor filosófico de la verdad y la instauración de una ética pública de la comunicación son pasos fundamentales, resulta igualmente imprescindible el diseño de respuestas institucionales y legales que aborden la posverdad como un fenómeno estructural y no meramente individual. La desinformación masiva no es un accidente comunicativo ni un error esporádico, sino una estrategia organizada que aprovecha las lógicas tecnológicas de difusión para influir en la percepción pública y alterar procesos democráticos. Por ello, se requiere un marco institucional que impida que la mentira, cuando es planificada y sistemática, se convierta en un recurso legítimo de la política y los medios.

Hannah Arendt (2017) ya había advertido que la mentira política, lejos de ser una anomalía, forma parte de la historia de los Estados. Sin embargo, lo que caracteriza a la época contemporánea es la escala y velocidad con que las falsedades pueden circular gracias a las plataformas digitales. Una afirmación falsa puede alcanzar millones de usuarios en cuestión de horas, mientras que su refutación tarda días en tener un impacto menor. Esta asimetría hace evidente que el problema no puede resolverse únicamente con el trabajo de verificadores de hechos, sino que exige estructuras regulatorias capaces de intervenir en el ecosistema informativo.

En este sentido, resulta necesario pensar en diseños institucionales que penalicen la desinformación masiva. Esto no significa censurar la opinión, que forma parte del núcleo de las libertades democráticas, sino establecer límites claros entre la expresión legítima y la manipulación organizada. Como señalan Blanco Alfonso, García Galera y Tejedor Calvo (2019), las fake news no son simples errores: configuran realidades simbólicas completas que afectan la deliberación ciudadana. Por ello, cuando actores políticos, económicos o mediáticos difunden de

manera sistemática falsedades verificadas con el fin de manipular a la población, deben existir sanciones legales proporcionales.

Una vía posible es la adopción de marcos regulatorios para las plataformas digitales, que aseguren transparencia en sus algoritmos y responsabilidad en la circulación de contenidos. Helbing et al. (2019) sostienen que las grandes corporaciones tecnológicas ejercen un poder normativo de facto sobre la vida pública, determinando qué se visibiliza y qué queda en la sombra. Regularlas, entonces, no equivale a restringir la libertad de expresión, sino a garantizar que esta libertad no sea secuestrada por lógicas de mercado que privilegian la viralidad de lo falso sobre la solidez de lo verdadero.

Otra medida necesaria es la creación de mecanismos jurídicos internacionales que reconozcan la desinformación masiva como una amenaza transnacional. Así como existen tratados para enfrentar el crimen organizado o la corrupción, debería contemplarse un marco de cooperación global para combatir la propagación deliberada de noticias falsas que afectan elecciones, referéndums y la estabilidad democrática. El caso del Brexit y las elecciones de Estados Unidos en 2016, donde campañas de desinformación digital influyeron de manera significativa en la opinión pública, evidencian que este es un desafío que trasciende las fronteras nacionales.

Por otra parte, las instituciones educativas, culturales y mediáticas deben trabajar coordinadamente en la promoción de una ciudadanía epistémicamente responsable. Como sugiere Von Hildebrand (2024), cuando la verdad deja de ser un valor compartido, el juicio moral se degrada y la vida pública se convierte en una lucha de narrativas sin compromiso con lo real. Restaurar la centralidad de la verdad implica, entonces, políticas públicas que fortalezcan la

enseñanza de la ética de la información, la responsabilidad ciudadana frente a la comunicación y la formación de hábitos críticos sostenidos.

De esta manera, resulta crucial diferenciar entre error, pluralidad interpretativa y desinformación sistemática. Una democracia robusta puede y debe tolerar la diversidad de interpretaciones y las equivocaciones individuales, pero no puede aceptar campañas planificadas para deformar la realidad de manera deliberada. De lo contrario, el contrato epistemológico que sostiene la convivencia democrática se rompe, y con él, la confianza que permite que la política sea un espacio de cooperación y no de manipulación.

En suma, las respuestas institucionales y legales frente a la posverdad deben asumir que se trata de un fenómeno estructural y global, que exige marcos regulatorios, cooperación internacional, sanciones proporcionales y educación ética. Solo así será posible frenar la instrumentalización política de la mentira y restituir el valor de la verdad como fundamento indispensable de la vida democrática.

Conclusiones

En síntesis, el desafío de la posverdad exige una estrategia multidimensional que integre los aportes filosóficos, éticos, institucionales y legales. Desde Nietzsche, aprendemos la necesidad de la lucidez; desde Foucault, comprendemos la urgencia de intervenir en los regímenes de verdad; desde Arendt, recordamos que sin hechos no hay política; y desde Von Hildebrand, asumimos que el destronamiento de la verdad degrada inevitablemente la vida moral y cívica.

El núcleo de todas estas reflexiones puede resumirse en la necesidad de restaurar el contrato epistemológico que sostiene la democracia. Dicho contrato no es un acuerdo sobre verdades absolutas, sino un pacto colectivo que reconoce la importancia de los hechos como base

para el diálogo y la acción política. Cuando este contrato se rompe, la sociedad queda a merced de narrativas incompatibles que imposibilitan la cooperación democrática. Por ello, contrarrestar la posverdad no es solo defender la verdad como valor abstracto, sino garantizar las condiciones epistémicas y prácticas para que la política siga siendo un espacio compartido.

Restituir el valor social de la verdad significa devolverle a la democracia su fundamento más profundo: la confianza en que, aunque no pensemos igual, habitamos un mundo común cuyos hechos son ineludibles. Solo sobre este suelo puede construirse una deliberación plural, crítica y verdaderamente democrática.

Conclusiones

El recorrido realizado en esta monografía permitió mostrar que la posverdad es un fenómeno que trasciende la mera circulación de noticias falsas o la manipulación ocasional de la opinión pública. Su esencia es más profunda: consiste en la banalización de la mentira y en la erosión del vínculo entre verdad, política y democracia. A partir de esta premisa, el trabajo fue desplegando un análisis que integró tanto fundamentos filosóficos como casos políticos recientes, con el fin de comprender cómo la posverdad se configura como uno de los problemas centrales de nuestro tiempo.

En el primer capítulo se reconstruyó el itinerario histórico y filosófico de la verdad, desde Platón y Aristóteles hasta Kant, para mostrar cómo la tradición occidental la concibió siempre como un valor epistemológico y moral. Sin embargo, se resaltó cómo Nietzsche, al afirmar que no existen hechos sino interpretaciones, y Foucault, al señalar la dependencia de la verdad respecto al poder, abrieron la posibilidad de pensar en un escenario en el que la verdad perdiera su carácter absoluto. Este marco conceptual sirvió para iluminar la lectura de tres episodios emblemáticos —el Brexit en el Reino Unido, las elecciones presidenciales en Estados Unidos en 2016 y el plebiscito por la paz en Colombia— en los cuales la mentira no solo estuvo presente, sino que fue utilizada como recurso estratégico capaz de definir el rumbo político de las sociedades.

El segundo capítulo se adentró en el efecto que la posverdad produce en la percepción de la realidad y en la formación del juicio público. Aquí se mostró que el problema no es únicamente comunicacional, sino también fenomenológico y epistemológico. La fenomenología realista, con autores como Edith Stein y Roman Ingarden, permitió evidenciar que el conocimiento implica una apertura intencional al ser que, en la era digital, queda distorsionada

por narrativas preconfiguradas. La crítica popperiana de la falsación también sirvió para resaltar cómo, en la cultura de la posverdad, las creencias ya no se exponen a la verificación, sino que se blindan afectivamente. Se describió, además, cómo los algoritmos y burbujas informativas refuerzan estas dinámicas, generando realidades paralelas que fragmentan el espacio común y obstaculizan el diálogo democrático.

El tercer capítulo buscó dar un paso más: proponer alternativas frente a la posverdad. La reflexión nietzscheana sobre la voluntad de lucidez se presentó como inspiración para una ética de la comunicación que resista la manipulación. De Hannah Arendt se recuperó la importancia de las verdades de hecho como base indispensable de cualquier vida democrática, pues sin ellas el debate público degenera en pura retórica. Finalmente, se señaló la necesidad de respuestas colectivas y estructurales: marcos normativos que sancionen la desinformación masiva, regulaciones que enfrenten el poder de los algoritmos y diseños institucionales que protejan el valor de la verdad como bien público.

Todo este recorrido fue posible gracias a un ejercicio constante de lectura crítica, contraste de autores y análisis comparativo de ideas y casos. En lugar de limitarse a recopilar información, este trabajo buscó articular perspectivas clásicas y contemporáneas, filosóficas y políticas, para ofrecer una comprensión amplia del fenómeno. Este modo de proceder permitió cumplir lo que se había planteado desde la introducción: mostrar que la posverdad no es una simple moda comunicativa, sino una crisis filosófica, política y cultural de la verdad, cuyo impacto amenaza la democracia y exige respuestas tanto teóricas como prácticas.

El desarrollo de esta investigación estuvo guiado por un propósito general: analizar la posverdad en su dimensión filosófica y política, mostrando cómo este fenómeno impacta la democracia contemporánea y proponiendo estrategias para enfrentar sus consecuencias. A la luz

de los resultados obtenidos, puede afirmarse que dicho propósito se cumplió, en tanto la reflexión no se limitó a describir el problema, sino que lo contextualizó en una genealogía de pensamiento, lo ilustró con ejemplos concretos y lo proyectó hacia soluciones de alcance filosófico y práctico.

En su desarrollo, esta monografía logró mostrar que la posverdad puede ser caracterizada como mucho más que una mera falsificación de datos. A partir del análisis de casos concretos, como el Brexit en el Reino Unido, las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2016 y el plebiscito por la paz en Colombia, se puso en evidencia que la mentira adquiere en la actualidad un carácter estructural dentro de la comunicación política, convirtiéndose en un recurso aceptado y eficaz para moldear percepciones y orientar decisiones colectivas de gran trascendencia. Este hallazgo permitió demostrar que la posverdad no se limita a un problema de información, sino que representa una banalización de la mentira como estrategia legítima de poder.

Al mismo tiempo, la reflexión filosófica apoyada en autores como Nietzsche, Foucault, Stein, Popper y Von Hildebrand mostró que la posverdad no solo afecta los contenidos que circulan en la esfera pública, sino la manera misma en que los sujetos se relacionan con la realidad. La investigación permitió evidenciar que los marcos narrativos y los dispositivos digitales configuran experiencias distorsionadas que fragmentan el juicio crítico y generan mundos paralelos, dificultando el consenso y debilitando la vida democrática. Este resultado reveló que la crisis de la posverdad no se limita a la verificación de los hechos, sino que alcanza una dimensión ontológica, al afectar la forma en que las personas habitan el mundo y construyen su horizonte compartido.

Al final, el análisis abrió espacio para plantear estrategias que trascienden las respuestas superficiales. Más que limitarse a una alfabetización mediática, se subrayó la necesidad de

recuperar la voluntad de lucidez nietzscheana como ética de la comunicación, asumir con Arendt la defensa de las verdades de hecho como cimiento del diálogo público y avanzar hacia mecanismos institucionales y normativos que hagan frente a la desinformación masiva. Estas propuestas permiten pensar en una respuesta estructural, orientada a restituir la centralidad de la verdad como valor ético y político y a proteger el terreno común indispensable para la convivencia democrática.

De forma analítica se permite entrever caminos que trascienden el marco del trabajo y que reclaman nuevas formas de pensar y actuar frente al fenómeno de la posverdad. La reflexión filosófica desarrollada mostró que no se trata únicamente de un problema comunicativo, sino de una crisis cultural y política que redefine la relación entre verdad, poder y democracia. Por ello, la tarea futura no puede limitarse a describir los efectos de la posverdad, sino que debe orientarse hacia la construcción de alternativas capaces de restaurar el valor de la verdad como bien colectivo.

Una de las proyecciones más significativas consiste en llevar las conclusiones filosóficas hacia la esfera práctica. La recuperación de la voluntad de lucidez nietzscheana o de la defensa arendtiana de las verdades de hecho no debería permanecer restringida al ámbito académico, sino alimentar debates públicos sobre la regulación de los medios, la responsabilidad de los actores políticos y la protección del derecho ciudadano a la información veraz. Esto abre la posibilidad de articular la filosofía con el diseño de políticas que aseguren la transparencia informativa y prevengan la manipulación deliberada de la opinión pública en procesos electorales o coyunturas sociales críticas.

Del mismo modo, este trabajo invita a un diálogo más profundo entre la filosofía y otras disciplinas. El análisis aquí presentado se apoyó en una perspectiva documental y crítica,

centrada en la revisión y confrontación de textos, lo cual resultó eficaz para iluminar los fundamentos conceptuales de la posverdad. Sin embargo, el fenómeno exige también la mirada de la sociología, la psicología social, la comunicación y las ciencias de datos, de modo que se puedan comprender mejor las dinámicas emocionales, tecnológicas y algorítmicas que alimentan la construcción de realidades paralelas. En este sentido, futuras investigaciones podrían combinar la reflexión filosófica con estudios empíricos sobre el consumo de información digital o con análisis de campo que permitan medir los efectos concretos de la desinformación en comunidades específicas.

El aporte más amplio es la demostración de la necesidad de repensar el contrato epistemológico sobre el cual descansa la democracia. La posverdad mostró que, cuando los hechos dejan de ser un terreno compartido, la vida en común se fragmenta en universos inconciliables donde el diálogo cede ante la confrontación emocional. Frente a este riesgo, resulta urgente restaurar la centralidad de la verdad como principio ético y político, no como un dogma inmutable, sino como un horizonte mínimo que permita deliberar, disentir y construir acuerdos. Así, la lucha contra la posverdad no se limita a corregir datos falsos, sino que exige un esfuerzo colectivo por recuperar la confianza en la palabra pública, fortalecer la cultura cívica y garantizar instituciones que protejan la verdad como condición de posibilidad de la convivencia democrática.

Referencias Bibliográficas

- Arendt, H. (1996b). *Verdad y política. Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política* (pp. 277–325). Península.
- Arendt, H. (2017). *Verdad y mentira en política*. Página Indómita.
- Barrientos-Báez, A., González, E., García, D., & Moreno, R. (2022). *Desinformación, percepción y posverdad*. *Revista Latina de Comunicación Social*, (80), 1–22.
<https://doi.org/10.4185/RLCS-2022-1803>
- Bartolomé, M. C. (2021). *Posverdad, fake news y seguridad internacional*. *Cuadernos de Estrategia*, (205), 179–196.
- Blanco Alfonso, I., García Galera, M. C., & Tejedor Calvo, S. (2019). *Fake news y percepción de la realidad*. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 25(1), 135–145.
<https://doi.org/10.5209/esmp.63724>
- Blanco Alfonso, I., García Galera, M. C., & Tejedor Calvo, S. (2019). *La mentira como estrategia de comunicación política: fake news y su impacto en la opinión pública*. Editorial UOC.
- D’Ancona, M. (2018). *Posverdad: La nueva guerra contra la verdad y cómo combatirla*. Debate.
- Descartes, R. (2004). *Meditaciones metafísicas* (J. A. Nicolás, Trad.). Alianza. (Trabajo original publicado en 1641).
- Fernández, D. (2020). *La verdad y la posverdad: Reflexiones desde la filosofía política contemporánea*. *Revista de Filosofía*, 55(1), 1–10.
- Foucault, M. (1970). *El orden del discurso*. Tusquets.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores.

- Foucault, M. (2002). *El orden del discurso* (A. García, Trad.). Tusquets. (Trabajo original publicado en 1971).
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión* (A. Fontana & M. Jiménez Redondo, Trads.). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1975).
- González Arocha, J. (2021). *Verdad, política y emociones en la era de la posverdad*. Cuadernos de Filosofía Latinoamericana, 23(44), 95–108.
- Helbing, D., Frey, B. S., Gigerenzer, G., Hafen, E., Hagner, M., Hofstetter, Y., Van den Hoven, J., Zicari, R. V., & Zwitter, A. (2019). *Will democracy survive big data and artificial intelligence?* Springer Nature, 23, 1–9. <https://doi.org/10.1038/s41599-019-0254-1>
- Hernández Morales, J., & Durán Padilla, S. (2022). *Posverdad, cognición y redes sociales*. Cuadernos de Filosofía Latinoamericana, 48(102), 75–92. <https://doi.org/10.15332/25005375.7890>
- Jiménez, M. (2018). *La posverdad como fenómeno sociopolítico: Análisis crítico de tres casos*. Estudios Sociales, 26(50), 327–341.
- Kant, I. (1797). *La metafísica de las costumbres* (M. García Morente, Trad.). Espasa-Calpe.
- Luján Salazar, E. (2002). *El perspectivismo en Nietzsche* [Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México]. Repositorio UNAM. <https://repositorio.unam.mx/contenidos/454365>
- Montero Lahsen, F. (2017). *El perspectivismo en la obra temprana de Friedrich Nietzsche* [Tesis de licenciatura, Universidad de Chile]. Repositorio Universidad de Chile. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/1474894>
- Nietzsche, F. (1997). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. En F. Nietzsche, Obras filosóficas completas (A. Sánchez Pascual, Trad.). Tecnos. (Trabajo original publicado en 1873).
- Nietzsche, F. (2000). *Más allá del bien y del mal* (A. Sánchez Pascual, Trad.). Alianza. (Trabajo original publicado en 1886).

- Pariser, E. (2011). *The filter bubble: What the Internet is hiding from you*. Penguin Press.
- Platón. (s. f.). *La República* (P. de Azcárate, Trad.). Gredos.
- Popper, K. (1972). *La lógica de la investigación científica*. Tecnos.
- San Agustín. (1990). *De mendacio* (J. Madoz, Trad.). BAC. (Trabajo original publicado en 395).
- Sánchez Martínez, F. (2018). *La política en la era de la posverdad*. Revista de Estudios Políticos, (182), 67–95. <https://doi.org/10.18042/cepc/rep.182.03>
- Stein, E. (2002). *Ser finito y ser eterno*. Ediciones Encuentro.
- Valadier, P. (2017). *Mentira, verdad, poder: La condición humana en la era de la posverdad*. Concilium, (359), 297–304.
- Von Hildebrand, D. (2024). *El destronamiento de la verdad*. Rialp.
- Vosoughi, S., Roy, D., & Aral, S. (2018). *The spread of true and false news online*. Science, 359(6380), 1146–1151. <https://doi.org/10.1126/science.aap9559>